

"¿Que la perdamos, dice?"

"Que la perdamos como fuente de información, claro. A eso me refiero."

III

Para tomarse el peso en una de estas balanzas, hay que pararse erguido, con los pies juntos, quedarse quieto, y dejar que el médico desplace la pesa por la barra hasta encontrar el punto exacto, que es cuando la barra no toca su sostén, ni arriba ni abajo.

IV

"Todos los métodos fallaron con esta piba. Se la ve muy preparada. Pero tenemos al chiquito."

"El chiquito, sí. Es una posibilidad."

"No lo tome a mal, doctor Mesiano, pero francamente la demora suya ha estado a punto de poner en riesgo este recurso."

"Explíquese mejor, doctor. Qué me quiere decir."

"Con todo respeto, doctor Mesiano, no vaya a tomarlo a mal, pero lo estamos buscando desde la tarde de ayer... La piba aguantó de milagro."

"En primer lugar, doctor, yo no creo en milagros. Y en segundo lugar, si me permite decirlo, más grave que mi demora es su ignorancia."

"Doctor Mesiano: no discutamos esto delante del concripto."

"El concripto, doctor, como usted bien dice, tiene mi entera confianza."

"Doctor Mesiano, le pido: no discutamos esto delante del concripto."

V

Si se quiere establecer el peso exacto de una persona, es preciso mover la pesa con gran suavidad, sobre todo en la parte final de la medición. Es un movimiento casi delicado de los dedos del médico, que debe tener, también para esto, un pulso calmo y firme.

VI

"Más grave que mi demora es su ignorancia, doctor."

"La nuestra es una profesión en la que nunca se deja de aprender."

"Hablo de ignorancia, doctor, no de perfeccionamiento."

"Sería mejor que el concripto se retire y hablemos a solas usted y yo."

"Su ignorancia, doctor Padilla. ¿A quién se le ocurre que lo que cuenta en esto es la edad? ¿Qué

pensaba? ¿En la maduración afectiva? ¿En el desarrollo psicomotriz? Aquí lo que cuenta es la masa corporal, doctor. Vea lo imprecisa que era su pregunta."

"No discutamos esto delante del conscripto, doctor, aunque usted le tenga confianza."

"Es el peso lo que importa, y no la edad. Hasta un estudiante de medicina lo hubiese sabido."

VII

La balanza tiene un límite máximo de capacidad: son los ciento cincuenta kilos. Por encima de ese límite, no solamente no marca, sino que puede llegar a estropearse su mecanismo.

VIII

"Yo estoy perfectamente dispuesto a admitir mis errores, doctor Mesiano. Pero preferiría mantener una conversación privada."

"El suyo es, fundamentalmente, un error conceptual. Al pensar en la edad ha pensado en el grado de crecimiento de una persona. Y no es la edad de la persona lo que cuenta, sino su masa corporal, el peso de su cuerpo, para saber si se trata de un cuerpo resistente o no."

"Entiendo mi error, doctor Mesiano, y me disculpo; no se irrite conmigo."

"Lo que me irrita es la ineptitud."

"Si el conscripto se retira, vamos a poder resolver este asunto con mayor tranquilidad."

IX

La balanza tiene también un límite mínimo de capacidad: por debajo de los cinco kilos, no pesa. Por supuesto, en esto no hay peligro alguno de roturas o descompensaciones. Se trata meramente de una cuestión de sensibilidad.

Pasa un poco como con esos sonidos que son demasiado leves, o que están en una frecuencia demasiado baja: un perro puede percibirlos, y un hombre no.

X

"Lo tenemos retenido todavía acá, justamente para resolver este asunto. Usted puede verlo cuando quiera."

"Usted lo ha visto."

"Claro que lo he visto."

"Hable como médico. ¿Cuál es su opinión?"

"Yo lo veo menudito."

"Hable como un médico, Padilla. Usted lo ha sujetado, supongo."

"Sí, lo he sujetado."

"¿Y qué peso le calcula?"

"Para mí, no llega a los tres kilos."

"¿Y qué peso exacto, qué peso exacto, doctor, le calcula usted? Hable como un médico."

"Antes, que se vaya el concripto."

"¿Qué peso exacto le calcula?"

"Yo diría: dos kilos y medio. O quizá menos."

"Sea preciso, doctor. No revolee cifras. Hable como un médico."

"Yo diría, déjeme ver. Yo diría: dos trescientos."

"¿Nada más? Qué pena: es muy chiquito."

"Seguramente es como usted dice. Pero yo no sigo esta conversación si el concripto no se va de acá."

XI

Las balanzas de mayor capacidad de medida cumplen funciones comerciales. Son las que se emplean para controlar los camiones de carga. Pueden encontrarse en los puertos, por ejemplo, o al costado de algunas rutas. Miden en toneladas, no ya en kilogramos, lo cual sirve para dar una idea del porte de lo que pesan.

XII

"La madre seguramente no ha estado teniendo una alimentación de lo más adecuada en el último

tiempo, ni tampoco la ha tenido el chiquito."

"Dadas las circunstancias."

"Dadas las circunstancias, claro. Pero a veces los chicos nacen más robustos."

"A veces, sí, nacen chicos más robustos."

"No ha sido el caso."

"No ha sido el caso, no."

"Es una lástima."

"Lástima también que no nos dé el tiempo para esperar a que el chico crezca."

"Así es la cosa, doctor. El tiempo es algo que no está a nuestro alcance manejar."

XIII

Las balanzas que pueden registrar los pesos más leves y los matices más pequeños son las de los joyeros. Son balanzas tan sensibles que un gramo de más o un gramo de menos representan una diferencia apreciable. Al igual que en el caso de las balanzas que registran grandes pesos, estas otras responden también a determinados requerimientos comerciales.

XIV

"A la piba no le vamos a meter presión con dos cachetazos bien dados. Eso, doctor, se lo puedo asegurar."

"Habría que pensar en una intervención un poco más significativa."

"Yo diría que sí."

"Pero, en fin, doctor Padilla. Cualquier otra intervención demanda cierta masa muscular, cierta tonicidad, cierta constitución ósea, cierta capacidad pulmonar, en fin, lo que usted ya sabe. Y al parecer no contamos con eso."

"Yo sugiero que el concripto se retire y usted pase a efectuar su propio examen de la cuestión."

"Como le parezca, doctor. Como le parezca. Pero desde ya le adelanto que con dos kilos trescientos no tenemos ni para empezar a hablar."

XV

Es que las balanzas surgen originalmente con fines comerciales. Sobre todo cuando las transacciones se hacían sobre la base del peso del oro. De ahí viene la frase que dice: "Vale su peso en oro". Aquellas balanzas eran las que tenían dos platillos: en uno se ponía una cantidad de oro cuyo peso se conocía de antemano, y en el otro la mercancía cuyo peso se quería conocer. Ese tipo de balanza es la que aparece en la imagen que simboliza la justicia, porque el equilibrio es la base de su funcionamiento.

XVI

"¿Y acá tienen balanza, doctor?"

"Tenemos una, sí, doctor Mesiano, tenemos una en el primer piso, pero dudo de que nos sirva, porque no es una balanza pediátrica."

"Ah, qué macana. Bueno, no importa, nos arreglamos igual. No hay nada mejor, en estos casos, que el ojo de buen cubero."

"Los aparatos ayudan, qué duda cabe, pero nada suple la mano del médico, ni sus años de experiencia."

"Usted lo ha dicho."

XVII

Sólo con posterioridad a su uso comercial, las balanzas comenzaron a ser utilizadas con propósitos médicos. Desde entonces su empleo no ha dejado de difundirse. Tanto que, hoy en día, las personas están en condiciones de controlar personalmente su propio peso, ya que en cualquier farmacia que no sea demasiado precaria hay siempre una balanza; quizá no muy perfecta como aparato de medición, pero suficiente para hacerse una idea más o menos aproximada del peso que uno tiene. El control médico, sin embargo, sigue siendo algo de lo que no conviene prescindir.

XVIII

"Que el concripto espere un poco en el pasillo, mientras usted y yo encontramos una solución al problema."

"Usted dice mi asistente. Está bien, si eso lo deja más tranquilo. Él va a estar mejor en el pasillo que acá, con el fresco que está haciendo."

Cuarenta y ocho

I

"¿Qué pasó, pibe? ¿Te rajaron?"

El guardia de azul vigilaba el piso. Era evidente que se aburría, porque en el fondo no tenía gran cosa que hacer esa mañana. Estaba sentado en un banquito de madera, mirando el pasillo recto al que daban todas las puertas. Tenía que ver que no pasara nada, y no pasaba nada.

"No me rajaron, no. Me pidieron que esperara acá."

El tipo asintió. Se rascó un poco la oreja, o detrás de la oreja. Me preguntó si me faltaba mucho para terminar la colimba. Le dije que me faltaba un poco más de la mitad. Me preguntó si me trataban bien. Le dije que sí. Me preguntó si yo sabía que la palabra colimba venía de tres palabras: corre, limpia, barre. Aunque no solía mentir, le dije que no lo sabía. "Bueno", me dijo, "ahora lo sabés". Yo no dije nada y él dijo: "Todos los días se aprende algo".

II

En el extremo del pasillo había una ventana angosta y larga. La cruzaban dos barrotes. El vidrio de esa ventana estaba roto. Por el hueco de la rotura, el viento entraba filoso y resultaba más ingrato aún, y más hostil, que el aire helado que flotaba en el patio, a la intemperie.

III

Un resto de algo le molestaba al guardia de azul en la boca, entre los dientes. De eso se ocupaba con sus dedos demasiado grandes, demasiado toscos. "Yo no sé qué mierda", murmuró. Desde abajo lo llamaron. No dijeron su nombre, dijeron un apodo, y él levantó la cabeza de inmediato. Contestó alzando la voz. "¿Qué pasa?" El lugar tenía una acústica rara, que volvía innecesario gritar, pero él gritó. "Baja un minuto", le respondieron.

El guardia de azul se incorporó. "Cuidá a estas mierdas", me dijo. Después se rió, para que yo entendiera que me estaba cargando. "No te movás de acá." El techo era bajo, las paredes se apretaban, y eso lo hacía parecer más corpulento todavía. Se fue sin apuro, llevándose el banquito de madera.

IV

Yo no me había dado cuenta de que el piso era de cemento: era rugoso y raspaba, y estaba tan frío que lo mismo hubiese sido sentarse encima de una barra de hielo.

V

Aburrido, caminé por el pasillo hasta el extremo. Me asomé por la parte rota del vidrio de la ventana. Quería saber qué se alcanzaba a ver desde ahí. Miré: no se veía nada. Una pared resquebrajada y vetada de musgo. En la franja de abajo, dos manos de pintura blanca alcanzaban a tapar una vieja leyenda escrita en azul.

VI

Yo no me había dado cuenta de que quedaba un espacio entre el piso de cemento y la parte inferior de cada puerta. No había prestado atención a eso, y no me había dado cuenta.

VII

La noche en vela me traía una especie de flojedad: bastante ardor en los ojos y un cansancio que,

siendo general, tendía a concentrarse en las rodillas. Precisé sentarme a descansar un poco, porque me dolían las piernas. Y al sentarme precisé apoyar la espalda, porque la espalda también empezaba a dolerme. Me senté sin ver dónde me sentaba, y me apoyé sin ver dónde me apoyaba.

VIII

Conserva el frío en el invierno y el calor en el verano: tal es la despreciada cualidad del cemento. Por eso los lugares que tienen las paredes o los pisos con el cemento a la vista no pueden evitar la impresión que da lo precario y lo inhóspito.

IX

En los cementerios uno nunca se siente solo, aunque lo esté. Y aquí me pasaba a la inversa: en medio del silencio y con la luz temprana de la mañana reciente, me sentía solo. No estaba solo, pero me sentía solo, me creía solo y me entregué a estar un poco solo. Por eso me sobresalté cuando esos dedos se estiraron, por debajo, para tocarme.

X

El doctor Mesiano estaba en otro piso, en uno de los pisos inferiores, conversando con el doctor Padilla de asuntos médicos. Sucede a menudo que los especialistas se entusiasman con los temas de su profesión, pero aun así me dije que no habrían de demorarse mucho tiempo más.

XI

Hablaba con voz muy baja. No podía hablar más alto, o no quería, por no llamar la atención. Pero yo la escuchaba perfectamente, igual que cuando nos hablan al oído, que escuchamos con nitidez aunque nos susurren apenas cada palabra.

Era una voz de mujer. Me dijo: "Vos no sos uno de ellos. Vos me tenés que ayudar".

XII

El doctor Mesiano se estaría ocupando ahora de inspeccionar esa balanza que le había mencionado el doctor Padilla. Estaría viendo que no le servía para esta ocasión, tal como lo había supuesto.

XIII

No quise moverme, para no saber si con la punta de esos dedos me agarraba la ropa.

Me decía: "No te dejes ensuciar, que vos no sos uno de ellos". Y me decía: "¿Vos sabés dónde estamos, no? Vos venís de afuera. Vos sabés dónde estamos, ¿no?".

Yo pensé que si me echaba para adelante capaz que sentía un tirón en el pulóver. Y me quedé quieto.

Ella mientras tanto me decía: "Yo te doy el número de un abogado y vos avisás dónde estamos. Nada más. Das el aviso y cortás. Nada más. A vos no te va a pasar nada".

Un pulóver de lana se estira, cada hebra del tejido hecho con lana es elástica y se estira, pero llegado un punto ya no se estira más, y entonces se siente el tirón. Yo no quise sentir el tirón, y me quedé quieto.

Ella, a través de la puerta, sin verme me decía: "Vos no sos uno de ellos".

XIV

También el doctor Mesiano había pasado la noche en vela: también él se estaría sintiendo ahora cansado e irritable, con un peso turbio en la cabeza y las rodillas débiles. También él tendría las mismas ganas de terminar con todo lo más pronto posible

para poder salir de ahí, para irse a dormir de una vez y olvidarse de todo.

XV

Sin esperar a que yo dijera nada, ella empezó a contar las cosas que estaban pasando. Siempre con esa voz ronca que sin esforzarse me llegaba con toda claridad. La voz ronca me fue diciendo cada cosa que le habían hecho. En un momento no quise escuchar más y le dije: "Callate, vos. Callate la boca". Pero no me moví. No me moví porque si me movía capaz que sentía el tirón en el pulóver, de ella que me agarraba. Y no quería. Tampoco quería escucharla más, pero ella seguía hablando. Yo no me moví y ella siguió hablando.

XVI

¿Por qué tardaba tanto el doctor Mesiano? Le bastarían un par de minutos, a lo sumo, con su experiencia y su pulso, para sopesar y decidir, para evaluar y descartar. Un par de minutos le alcanzaban y le sobraban, seguramente, para resolver y para dar su veredicto. Y sin embargo tardaba, pasaba el tiempo y no venía, no venía más.

XVII

La voz traspasaba la puerta como si la puerta no existiera. De este lado de la puerta estaba yo. La voz traspasaba la puerta para contarme las cosas que pasaban. Yo le dije: "Callate, hija de puta, callate de una vez". Pero ella siguió, apurada, y no obstante el apuro, se detuvo en detalles. Yo no dejé de decirle: "Te estoy diciendo que te calles, hija de puta, callate de una vez", porque empezó con los detalles y a mí me hartaban los detalles. Pero siguió, y siguió sin ahorrarse los detalles. Yo escuchaba de este lado de la puerta, con la cabeza apoyada en el lugar donde ella estaría apoyando la boca. "Cerraré esa boca", dije yo, pero ella quería que yo escuchara cada cosa, que yo supiera cada cosa, y después quería que avisara. "Te voy a romper esa boca de una piña, hija de puta", le dije yo. Ella me daba los datos y me pedía que le dijera adónde la habían traído. "A la concha de tu madre", le dije, y ella volvió a pedirme que le avisara al abogado, volvió a pedirme que los salvara, volvió a decirme: "Vos no sos uno de ellos".

Yo le dije: "¿Y vos qué carajo sabés quién soy, hija de puta?".

XVIII

Sin ser un católico practicante en extremo, el doctor Mesiano solía asistir a misa. Podía faltar al-

gún domingo que otro, sin sentir que fuera a perder el cielo por eso; pero eran más los días que iba que los que faltaba. Si este domingo, pensé, se proponía ir, no debía demorarse mucho más: saliendo, a más tardar, en diez minutos, y pisando bastante el acelerador, podía llegar a la misa de las once.

XIX

"En unos meses te largan", me dijo. "En unos meses estás afuera y sos el de siempre." Ningún otro habló, si es que había algún otro cerca, ninguno chistó, ninguno silbó, y ella me seguía diciendo: "A vos no te va a pasar nada". Quería que avisara en qué lugar la tenían. "Nada más que eso, no hace falta que digas quién sos." Yo le dije que se callara. Le dije que estaba harto de escucharla. Me pidió que le salvara al hijo, que llamara desde un teléfono público para decir dónde los tenían y que después cortara la comunicación. "Estás muerta, hija de puta", le decía yo, y ella me decía que avisara por el hijo. "Callate de una vez", le dije yo, "no hables más, hija de puta, no ves que ya estás muerta". Y ella me pedía por el hijo y por los compañeros.

XX

Debían estar ya despidiéndose, y por un prurito de cordialidad la despedida se alargaba. Habían es-

grimido algunas asperezas y ahora estarían queriendo atenuarlas. Pero el doctor Mesiano no tendría seguramente otro propósito que el de dar por terminado cuanto antes el encuentro, para volvernos de una vez a la Capital.

XXI

Me dio el número de teléfono de un abogado, me pidió que no lo olvidara. Lo que me acuerdo, todavía, es la característica: cuarenta y ocho. Me acuerdo porque en ese momento pensé en los números de la quiniela. Me dio los nombres y el número, y dijo: "Pasás el dato y cortás". Me pidió que pensara en las cosas que estaban pasando. Ella me había contado las cosas que estaban pasando. Con lujo de detalles: cada cosa que le habían hecho, que le habían dicho, lo que había escuchado, lo que había sabido. Yo al principio sentí los dedos por debajo, o me pareció sentirlos por lo menos, y después no quise saber si me estaba agarrando o no.

No le pregunté ni le pedí que hablara, pero ella habló, como si la puerta no existiera. Yo le dije que se callara, le ordené que se callara, pero no lo hizo. Me pidió que la ayudara. Yo le dije: "No ayudo a los extremistas".

XXII

Por fin escuché las voces del doctor Mesiano y del doctor Padilla. Acababan de salir, seguramente, de la sala o del consultorio donde habían conversado. Se estarían despidiendo. El doctor Mesiano estaría viniendo a buscarme para que nos fuéramos de ahí. Yo pensé que, en cuanto lo viera, iba a poder pararme y despegarme de la puerta, iba a poder acomodarme el pulóver estirado y le iba a poder preguntar, con una voz bien firme, adónde nos dirigíamos ahora.

XXIII

"Yo no sé dónde estamos", me dijo, "pero vos sabés". Me preguntó qué fecha era: qué mes, qué día. Me pidió por el hijo y por los compañeros. Me dijo: "Vos no sos uno de ellos". Me dijo que podía ayudarlos sin correr ningún peligro. Me dijo: "No ves lo que está pasando". Me repitió los nombres y el número que empezaba en cuarenta y ocho. Me dijo que si el abogado sabía podía intentar algo. Me dijo que esa noche yo iba a soñar con las cosas que me había contado.

"Eso es lo que vos creés", le dije. "Eso es lo que vos creés."

Por alguna razón, que desconozco, yo también estaba hablando en voz baja.

Trescientos noventa y ocho

I

Ya se escuchaban, sí, las voces del doctor Mesiano y del doctor Padilla; pero no sonaban cordiales, ni se despedían con amabilidad. Discutían, y la discusión era fuerte. Salieron de la sala o del consultorio donde habían conversado, donde habían empezado a discutir, y ahora no podían terminar del todo con esa discusión, ni aun queriendo. Se cruzaban las últimas frases, frases sueltas. Escuché que el doctor Padilla decía: "Primero está la lista", y escuché que el doctor Mesiano decía: "Primero está mi hermana".

Peleaban abajo. El guardia de azul volvió a aparecer en el piso en el que estaba yo. Traía el mismo banquito de madera de antes, y un escarbadiantes en la boca.

"Mové el culo, pibe", me dijo, "que ya se toman el buque".

II

Los que saben de psicología tienen un término para definir eso: la impresión que a veces uno siente de que lo que está viviendo ya lo vivió antes. Yo tenía esa impresión aquella mañana. Pero es que de veras estaba pasando por los mismos lugares, unas horas después.

III

"¿A su casa, doctor Mesiano?", pregunté.
"No", me dijo. "Todavía no."

IV

Los que saben de cine tienen también una expresión para esos momentos en que se vuelve para atrás en la historia y se repasan algunas imágenes de lo que ha ocurrido antes. La diferencia es que, por lo general, esas imágenes aparecen en cámara lenta; y ahora, en cambio, pasaban para mí un poco más rápido que la primera vez.

V

En todo el trayecto el doctor Mesiano pronunció una sola frase. Esa frase era: "Vamos a ver quién

talla más alto". No dijo otra cosa que eso, pero eso lo dijo más de una vez. Y ni siquiera quiso prender la radio del auto para escuchar un poco de música.

VI

Íbamos a más de cien. Primero por Libertador y después por Figueroa Alcorta. Llegamos hasta el final de la avenida, hasta el paredón del final. Es decir que pasamos otra vez por el estadio vacío, ajeno a lo que había sucedido la noche anterior. Doblamos a la izquierda por Udaondo. Pasamos otra vez por el Tiro Federal: pese a ser domingo a la mañana, sonaban disparos. Pasamos otra vez por el bar de copas, que ahora estaba cerrado, y pasamos por la iglesia, justo cuando los fieles salían de misa. El doctor Mesiano se persignó, y yo también me persigné.

VII

"¿Por dónde, doctor?", consulté.

Llegábamos a la rotonda en la que, exactamente dos años después, porque ése era el día, pondrían un monumento de homenaje a la fundación de la ciudad. Pero la cifra todavía no era redonda. En el lugar había una plazoleta, y en la plazoleta nada.

"A la derecha", me dijo el doctor Mesiano. "A la derecha y al fondo."

VIII

Pasamos otra vez por el lugar donde la noche se nos había hecho corta. También ese lugar, con la luz plena del día, parecía ahora muy ajeno a lo que habíamos vivido. El domingo a la mañana era el momento más tranquilo de toda la semana, después del movimiento de la noche anterior, que era, por el contrario, de toda la semana, el más intenso.

IX

Al llegar a la puerta de la Escuela, ocurrió algo anormal. El doctor Mesiano se bajó del coche y me hizo bajar a mí. Dio la vuelta y se sentó de mi lado. Era extraño verlo en el volante. "Manejo yo", me dijo. "Entro solo." Estábamos detenidos delante del cartel que prohibía detenerse. "Dése una vuelta, camine un rato", me dijo el doctor. El centinela ya lo había reconocido. "Y vuelva acá dentro de una hora."

Cruzó el portón en primera y después puso segunda; en mi opinión, un poco pronto.

X

Es cierto que uno siempre vuelve al lugar del crimen, aunque sea dicho en sentido figurado. En ese barrio no había ningún lugar adonde ir: una canchita pobre con más polvo que pasto, un bar de copas parecido al nuestro y también cerrado a esta hora, las vías del tren sin barrera, con pedazos de cosas rotas entre los yuyos de los costados. Anduve un rato por acá y por allá, aburrido y somnoliento. Terminé merodeando ese lugar a la vez llamativo y discreto donde, como dije, pasamos una noche que se nos hizo corta.

El encargado había salido a pasar la escoba por la entrada de autos. Hacía un rato, un apurado que venía en un Ford Fairlane había calculado mal el ángulo difícil de la entrada, y por culpa del ancho del auto, que fue mucho para estas maniobras, pegó con el farol de la punta en el filo de una pared. Ahora que el trabajo había mermado un poco, el encargado salía a barrer las astillas de vidrio, que crujían, aunque sin hacer daño, cuando otro coche las pisaba.

XI

Pasó el tren y lo sentí. Durante la noche no había pasado ninguno. O quizás había pasado alguno, sin que yo me diera cuenta. Uno se mete en esta clase de lugares y pierde de vista todo aquello que pueda ha-

ber alrededor. Por eso sus cuartos no tienen ventanas, y si las tienen, nunca se abren.

XII

El encargado me vio y se acordó de mí. Esa noche habría visto caras de a decenas, aunque la discreción era la gran virtud de su oficio, y por discreción aparentaba nunca mirar y nunca ver. De mí se acordó. El uniforme, sin duda, le aclaró la memoria.

“¿Todavía por acá?”, me dijo. “No”, le dije, “ya me fui y ya volví”.

Nos pusimos a conversar. Le dije: “Usted acá debe ver cada cosa”. Me dijo: “Se ven algunas, y se oyen otras”. Me contó una anécdota. La historia había pasado hacía más o menos un año, un día de semana, a media tarde. Un hombre que no bajaba de los sesenta años había entrado con una chica que no pasaba de los dieciséis o diecisiete. El encargado ya había aprendido a ejercer la neutralidad: su profesión le vedaba el abrir juicio o el sentir envidia. Pero esta pareja, ocasional sin duda, le llamó la atención.

Transcurre, aproximadamente, una media hora. De pronto se escuchan unos gritos desesperados. Es la chica. Ha salido desnuda de la habitación, corre por el pasillo, golpea puertas y pide auxilio. Acuden con presteza el encargado y algunas mucamas. Pronto llegan, también, los dos pibes que cuidan los autos en el estacionamiento. A veces el hombre quiere y su

cuerpo no quiere. Otras veces el hombre quiere y su cuerpo no puede. La chica no deja de llorar, pero mientras constatan que su acompañante se ha quedado fatalmente seco en mitad del asunto, ella se va poniendo la ropa y, entre hipos y sollozos, se manda a mudar. Los pibes se hacen un tiempo para pispearla sin aspavientos. No falta quien dice: "Al menos se murió contento". Y otro más entendido agrega: "Igual que el sargento Cabral".

El encargado decide que no vale la pena molestar a la policía por tan poca cosa. Consulta por teléfono a uno de los dueños del establecimiento y toma nota de sus instrucciones. Entre varios se ocupan de vestir al difunto. Por suerte las medias se las ha dejado puestas, y hay menos para hacer. Cuando terminan, lo levantan y lo llevan hasta el auto. Lo sientan y le acomodan las manos en el volante. El coche lo sacan empujando, sin prender el motor. La vereda en pendiente los ayuda a darle el empujón final. El coche queda cruzado en mitad de la calle, y el conductor queda muerto de un infarto mientras manejaba, solo, hacia Libertador. Recién entonces llaman a algún pariente, después de buscar el número en la agenda que llevaba el muerto, y le dan la mala nueva.

"La clave", me dijo el encargado, "fue no dar tiempo a que el cuerpo se enfriara". Si se enfriaba además se ponía duro. "De esta forma, en cambio, fue como vestir a un borracho, a uno que se queda dormido y no se despierta con nada." El encargado

se apoyó en la escoba y se pasó una mano por el pelo engominado. "Es igual que vestir a un tipo que se queda flojo y no quiere colaborar."

XIII

Con la charla el tiempo fue pasando más pronto, y así se hizo la hora que me había indicado el doctor Mesiano. Volví caminando por Libertador, por la vereda de enfrente de la verja y las garitas. Era la vereda donde daba el sol.

XIV

"¿A su casa, doctor Mesiano?", pregunté otra vez.

"No", me dijo. "Todavía no."

XV

Cualquiera que haya pasado una noche en vela, y es raro que alguien no haya pasado al menos una alguna vez en su vida, sabe lo que sucede con el cuerpo: el cuerpo declina, flaquea, se abotaga; hasta que de pronto, pasado cierto límite que algunos llaman el límite del sueño, recupera su vigor y se restablece sin haber precisado descanso alguno. ¿De dón-

de proviene, entonces, esa vitalidad renovada? Uno parece sacar, como dice la frase, fuerzas de la nada. El cuerpo no es como una batería, que se descarga progresivamente hasta quedar inutilizada. La resistencia del cuerpo humano tiene otros misterios.

El doctor Mesiano me enseñó que muy a menudo los enfermos terminales, que agonizan sin esperanza, experimentan de repente una sorpresiva recuperación: se los ve otra vez animosos y entusiastas, alientan alguna esperanza en el entorno sufriente, y no obstante ello, muy pronto, en un instante apenas, se mueren.

XVI

"Tanque lleno", le dije al muchacho que cargaba en la YPF. Nos quedaba menos de un cuarto y teníamos que volver a Quilmes. El muchacho silbaba una canción imprecisa mientras corrían los números que indicaban litros y pesos. Se ofreció a limpiar el vidrio del parabrisas. Le dije que no lo hiciera. Yo podía tolerar un poco de tierra delante de la vista, pero no las marcas de un trapo sucio y mal pasado. El lunes o el martes, a más tardar, de todas formas, me tocaba llevar el auto al lavadero.

XVII

Después de haber sentido el peso de los párpados durante toda la mañana, me encontraba otra vez entero y bien dispuesto. Casi como si hubiese dormido mis ocho horas de rigor durante esa noche.

También al doctor Mesiano se lo veía ahora de mejor semblante y más animado para conversar. Mientras repetíamos el viaje al sur, habló con entusiasmo de sus años de estudiante, y opinó que en la actualidad estábamos viviendo una crisis de valores.

XVIII

El color y el brillo de todas las cosas cambiaban a lo largo de las horas del día, con la variación de la luz del cielo; la excepción a la regla era el riachuelo que señalaba el límite de la Capital, que no mostraba nunca un color o un brillo determinados.

XIX

Esta vez no usamos el portón azul que había a la vuelta. Paramos frente a la puerta que daba a Allison Bell. El doctor Mesiano me indicó que me quedara en el coche, que lo esperara ahí afuera. "No demoro", dijo.

Le abrieron la puerta cuando lo vieron acercarse.

XX

Después de haber llenado el tanque, y después de haber llegado a destino, la aguja marcaba tres cuartos. Es decir que un cuarto de tanque se empleaba en viajar de la Capital a Quilmes, incluyendo en esto el cruce de la Capital de punta a punta, porque habíamos salido del extremo norte y tuvimos que atravesarla hasta el extremo sur. Calculé que yendo y viniendo dos veces de la Capital a Quilmes y de Quilmes a la Capital, como lo habíamos hecho hoy, se consumía un poco menos de un tanque lleno de combustible.

Todo esto yo lo pensaba por el gusto nomás de hacer pasar el tiempo, porque el gasto de nafta corría por cuenta del presupuesto operativo de la Brigada; no me afectaba a mí ni tampoco al doctor Mesiano, que estábamos cumpliendo con nuestras obligaciones.

XXI

En efecto: no demoró. Habrían pasado, como mucho, diez minutos, cuando lo vi aparecer por la misma puerta, que volvía a abrirse y a cerrarse.

Ya no era tan temprano, ni hacía tanto frío.

"¿Lo ayudo, doctor?", le dije, viéndolo venir cargado.

"No hace falta", me dijo, "lo acomodo acá atrás".

Lo escuché abrir y cerrar una de las puertas traseras, lo vi dar la vuelta para sentarse otra vez de su lado.

"Eso sí", me dijo, "no se te ocurra frenar de golpe".

XXII

Se veía un cielo casi blanco ahora, más nítidos los bordes de los barcos derruidos, el otro puente más claro, más diáfano con el sol del mediodía. Pero el agua sucia, siempre quieta y espesa, se veía igual.

"Lo que se hunde ahí", dijo el doctor Mesiano señalando hacia abajo, "no se encuentra nunca más".

XXIII

Mantuve la mano derecha de la calle, y una velocidad tan constante como moderada, cuidando la distancia con los coches que quedaran adelante. Así fue que no hubo motivo alguno para frenadas bruscas, y el viaje transcurrió sin sobresaltos.

XXIV

Me dormí por fin, bastante después del mediodía.

Soñé con la puta del tic nervioso en la boca. Soñé que estaba otra vez con ella y que ella me decía: "¿Cuántas veces sos capaz de acabar sin sacarla?". "No sé", le decía yo, "nunca probé". "Probemos", me decía ella. Y yo le daba, le daba y le daba, sin sacarla; acababa dos, tres, cuatro veces seguidas, le daba, le daba y llegaba hasta siete, y ella todo el tiempo me decía: "Matame, mi soldadito, matame". Y yo le daba.

XXV

El doctor Mesiano me autorizó a que el lunes me tomara el día franco.

"Ocupate solamente de hacer lavar el auto", dijo.

Le di las gracias y nos despedimos hasta el martes.

Me saludó con ese afecto que él sabía demostrar sin dejar de poner distancias: el afecto de los hombres, que nunca debe ser dicho.

Treinta del seis (epílogo)

Uno dos

I

Ahora sí ha jugado Maradona, a quien ya nadie llama pibe. Jugó bastante mal. No pudo sobreponerse a la marcación indefectible de un zaguero apellidado, sin razón alguna, Gentile. Los italianos volvieron a ganarnos, otra vez por un gol de diferencia.

II

Leo el diario, como de costumbre, empezando por las páginas deportivas. Primero los titulares de la portada, donde raramente falta una noticia de fútbol, y después las páginas sobre deportes. En el mundo del deporte siempre pasa algo. Lo mismo ocurre con las páginas policiales, que no padecen jamás esa mengua de acontecimientos que sí se da en otras esferas. Por eso mis hábitos de lectura consisten en comenzar por las noticias de deportes y luego pasar a las noticias policiales.

Hoy el diario trae la información de un hallazgo macabro: un tipo compra una casa quinta en Berisso y decide colocar una pileta de natación en el fondo. Es invierno y le va a salir más barato hacer ahora la instalación. Dos peones de la empresa se ocupan de excavar lo necesario para poner la pileta y un sistema de desagote. Uno de ellos siente de pronto que su pala se traba y toca algo que le resulta blando y duro a la vez. Se fija y descubre que hay un cuerpo enterrado. Le avisa de inmediato al otro peón, y el peón al supervisor, y el supervisor al tipo que había comprado la casa quinta, y el tipo que había comprado la casa quinta a la comisaría de la zona.

Es el cuerpo de un hombre joven: unos veinte años, hasta donde puede calcularse. El toque macabro del episodio se debe a que el cuerpo no tiene la cabeza. La cabeza le fue seccionada y se supone que se encuentra enterrada en alguna otra parte, no necesariamente cerca de este lugar. Además, los dedos del cadáver han sido quemados con algún ácido cáustico. Dadas las circunstancias, la policía considera que será sumamente difícil establecer una identificación fehaciente del fallecido.

III

Vuelvo a las páginas de deportes. Noto que, con la escasa excepción de apenas dos integrantes, la formación de la Argentina se ha conservado idéntica

desde la vez anterior, como si los años no hubiesen pasado.

IV

El diario que yo leo titula con sobriedad. Los bochincheros, en cambio, deben hablar de degüello y acaso se permitan un dudoso juego de palabras acerca de un joven que ha perdido la cabeza.

Las otras noticias del día refieren dos intentos de robo: uno tuvo éxito, pero la policía informó que los ladrones están cercados y que su caída es inminente; el otro fue frustrado por las fuerzas del orden, y el saldo es de tres delincuentes muertos y un agente herido de levedad, que ya se repone en el Hospital Churruca.

V

Los jugadores argentinos declaran que no se dan por vencidos, y que no se darán por vencidos hasta tanto los hechos se vuelvan irreversibles. Anuncian que el partido con Brasil, que es definitorio, lo disputarán a vida o muerte.

VI

Acerca del caso de la banda de boqueteros, que vengo siguiendo, hoy no aparece ninguna novedad en las crónicas policiales. De todas formas, como ya fue capturado uno de los integrantes de la banda, se asegura que es inminente la caída de sus cómplices.

VII

No tengo por costumbre leer la página de los chistes, que es la última del diario. No les encuentro la gracia, y eso me fastidia.

VIII

Las fotos turbias y grises muestran una hilera de cabezas gachas. La imagen se torna irremediablemente sombría, a pesar del destello de la luz meridional de Cataluña.

IX

Después hojeo someramente el resto del diario. Paso las páginas echando un vistazo a los titulares y a las fotografías, hasta encontrar algo que me llama

la atención. Entonces me detengo y leo con un poco más de cuidado.

X

A veces, no siempre, leo los horóscopos. Leo todos los horóscopos, y no solamente el que corresponde a mi signo. Por supuesto que no creo en astros ni en presagios. Pero me gusta ver lo imprevisible que puede llegar a resultar la vida de las personas.

XI

Hoy me llama la atención un recuadro que aparece en una página impar. Está justo arriba de un aviso de medicamentos para adelgazar. En realidad es ese aviso lo que me llama la atención. Y después de ver el aviso, veo el recuadro con la noticia.

La noticia dice que el Ministerio del Interior ha suministrado una nueva lista, fehacientemente chequeada y confirmada, de caídos en combate. Reviso la lista de manera casi automática, no por verificar nada en particular, no como si fuese un preceptor que controla presentes y ausentes en el aula de un colegio, sino con un reflejo automático que me hace deslizar la vista por la columna de los nombres y los apellidos.

Naturalmente, ninguno de esos nombres y ape-

lidos significa algo para mí. Hasta que, más o menos en la mitad de la lista, encuentro el nombre de Sergio Mesiano.

Ciento treinta y tres

I

De muchos se tenía la información inmediata. Si los otros (nunca uno solo) lo habían visto con certeza caer, el dato se daba por seguro. Lo mismo pasaba si después, cuando el fuego se había calmado, los más serenos se ocupaban de revisar los bolsillos y encontraban la identificación correspondiente. De éstos ya se sabía. Y así, poco a poco, con tanta prolijidad como se podía, se iban confeccionando las listas.

II

Estoy todavía extrañado, porque de la lectura de un diario, por mucho que pueda llegar a afectarnos o a perturbarnos con las cosas que pasan en el mundo, no se espera que nos involucre de manera personal. Cuando una noticia parece estar, en cierto modo, dirigida a nosotros, a nosotros en especial, algo se desacomoda en el orden de las cosas.

III

Otras listas se fueron completando con las notificaciones de los ingleses. Esas listas se encabezaban con la letra P, de prisioneros. Las otras llevaban tres letras, o acaso una sigla, CEC, que significaba caídos en combate. A veces era necesario efectuar algunos ajustes. Alguien figuraba, por ejemplo, en una lista CEC. Pero después llegaba un reporte de Londres, y había que tachar y trasladar a ese alguien a la lista P. Eso cuando se trataba de buenas noticias: uno creyó ver lo que en realidad no vio, o la tarjeta identificatoria de uno fue a parar por alguna razón al bolsillo de otro, y la confusión se aclaraba para bien. Otras veces, en cambio, se ponía a alguien en una lista P. Y después una brigada de rastrillaje lo encontraba congelado en un pozo inverosímil y olvidado, y había que pasarlo a una lista CEC, tachando previamente su nombre de la lista P.

IV

Me pregunto si el doctor Mesiano seguirá viviendo todavía donde vivía hace cuatro años. Es bastante tiempo, si uno lo piensa. Es un tiempo suficiente, por lo pronto, para que alguien se mude a otro barrio, o se vaya a vivir al interior del país, o envíe y vuelva a casarse para empezar una nueva vida. Claro que también es posible, y no menos razonable,

que todo haya quedado exactamente igual, porque en definitiva, para que las cosas permanezcan y no cambien, también es indispensable que pase el tiempo.

V

Muchos no figuran en ninguna de las dos listas: ni en las listas encabezadas con la letra P, ni en las listas encabezadas con la sigla CEC. Tampoco han vuelto a sus casas, llorosos o aliviados, nerviosos o taciturnos, para estar otra vez con sus familias. Simplemente no se sabe dónde están. Los seres queridos se permiten esta ilusión: que puedan estar perdidos en algún monte alejado, sin encontrar el camino de regreso, sin saber qué es lo que ha pasado, tal vez demasiado aturdidos para pensar en nada o para dar un aviso. El paso de los días, sin embargo, y el avance de los rastrillajes exhaustivos tornan cada vez más inconsistentes las especulaciones de esta clase.

VI

No pierdo nada, me digo, con ir y probar. En el peor de los casos, toco el timbre de la casa y me encuentro con otra gente. Aunque en verdad ése no sería el peor de los casos. Incluso a esas personas yo

podría preguntarles si conocen la dirección de los viejos dueños. El peor de los casos sería otro: que ésa siga siendo la dirección del doctor Mesiano, pero que él no quiera recibirme. Por cierto, nunca entré en esa casa, ni llamé a su puerta. Y por cierto, el doctor Mesiano está viviendo una contingencia muy particular.

Al mismo tiempo, no puedo pensar que vaya a suceder otra cosa que ser recibido por el doctor Mesiano con un abrazo firme y vigoroso, un abrazo como el que me dio la última vez que nos vimos, cuando yo me iba de baja y pasé por la unidad a retirar mis pertenencias.

VII

Se intenta, por todos los medios, evitar cualquier error en la confección de las listas, porque se sabe que cada imprecisión va a derivar en una circunstancia ingrata. Sin embargo, resulta humanamente imposible conseguir una perfección organizativa tal que no llegue a ocurrir nunca la eventualidad de una equivocación. Sólo Dios es infalible.

VIII

Ahora tengo un Fiat 133: un modelo nuevo que combina algo del 128 y algo del 600. Es mío. Puedo

subir y apurar la marcha, y en menos de una hora estaré tocando el timbre de la casa del doctor Mesiano, cuyo umbral conozco tanto.

IX

Un problema que se presenta en ciertas ocasiones es que alguien da un nombre que no es el suyo. Se le pide su identificación: su nombre y el cuerpo al que pertenece. Y por alguna razón difícil de escrutar, porque la mente humana es muchas veces difícil de escrutar, da un nombre que no es el suyo.

Si el nombre entregado fuese un invento momentáneo, un nombre cualquiera, la complicación sería tan sólo relativa. La verdadera dificultad radica en que, por algún motivo, tienden a dar el nombre de un compañero al que han visto morir y que ya consta en las listas CEC.

Confusiones como ésta provocan sensibles demoras en la confección de las listas, y promueven desaciertos y rectificaciones impensables.

X

El doctor Mesiano sabrá entender que yo haya querido visitarlo, y yo sabré entender si él no quiere recibirme. Pero estoy convencido de que esto último no va a pasar. Entre las virtudes que él aprecia se

cuenta principalmente la lealtad. Y no es otra cosa que la lealtad lo que hoy me impulsa a verlo.

XI

Lo más aconsejable, para el que pueda controlar su ansiedad, es entender que la situación en muchos casos todavía es confusa, y que conviene esperar las comunicaciones oficiales. Por esta vía sólo se entregan informaciones enteramente chequeadas y ratificadas. Son las listas anunciadas por el Ministerio del Interior. En una de estas listas, ciertamente, hoy vi el nombre de Sergio Mesiano.

Mil novecientos ochenta y dos

I

La puerta se abre apenas. A media altura veo la cadena de seguridad, que no ha sido desprendida. Por el resquicio alcanzo a distinguir la cara retraída de una muchacha que me pregunta a quién busco. Le digo que al doctor Mesiano, si es que todavía vive ahí. Me dice que sí, que vive ahí, pero que ahora no está. Me pregunta de parte de quién, y le digo mi nombre. Me dice: "Espere un momentito".

Cierra la puerta. Me siento, sin tener otra cosa que hacer, en el umbral de la vereda. Convocar los recuerdos es tan inútil como ahuyentarlos. Pasa un rato. De pronto, siento un chistido. Es la chica que me llama, abriendo un poco la puerta. Me dice que el doctor Mesiano se encuentra en una reunión familiar. Pero que ella lo llamó por teléfono y le avisó que yo estaba. Y que el doctor Mesiano le indicó que me diera la dirección para que yo no dejara de ir a verlo.

Dicho esto, la chica pasa la mano por el resquicio de la puerta, sin soltar la cadena de seguridad, y me alcanza un papelito con una dirección anotada.

Es un papel de esos que tienen una banda adhesiva en el reverso, de colores nunca discretos. La letra de la chica evidencia la esmerada laboriosidad de los que han aprendido a escribir ya de grandes. Pero ha escrito la dirección, que incluye haches y zetas, sin cometer ninguna falta de ortografía.

II

Todavía se ven muchas banderas argentinas colgadas en las ventanas y en los balcones de las casas. Algunas son tan grandes que pasan de un balcón a otro: los vecinos han debido ponerse de acuerdo. Los partidos en España y la conflagración en el sur dieron un doble impulso a la necesidad de la gente de expresarse así. Y también, por tradición, el aniversario del fallecimiento del creador de la bandera, que es Manuel Belgrano. Pero ya pasaron diez días desde el aniversario de ese fallecimiento, y muchas banderas están puestas todavía. Unas cuantas personas aprovechan y las dejan en su lugar hasta el nueve de julio, que es el día de la independencia argentina. Habrá otros que no quieren sacarlas, y otros que se han olvidado de hacerlo.

III

Para ir a Vicente López se puede tomar la avenida Cabildo, que después se convierte en la avenida

Maipú, o bien la avenida del Libertador, que al pasar a la provincia no cambia su nombre y se sigue llamando avenida del Libertador. Todo depende de si el lugar al que uno va está más cerca del alto o del bajo. La casa del cuñado del doctor Mesiano está más cerca del bajo. Por eso elijo ir por Libertador. El viaje me despierta no pocos de mis recuerdos más queridos, de cuando el doctor precisaba mi ayuda y yo se la daba sin miramientos.

IV

Un grupo de vecinos se amucha en la vereda. Han tenido un percance indeseado: una bandera argentina de modestas dimensiones, que flameaba en el balcón de un edificio de la cuadra, se soltó por el viento y se voló. Seguramente estaba mal atada, o las ataduras se habían aflojado con el paso de los días y nadie se ocupó de reforzarlas. Lo concreto es que se voló. Más de uno la vio pasar en el aire: demasiado leve como para caer a pique, pero no tan leve como para seguir flotando indefinidamente. Por fin perdió altura y terminó por enredarse en las ramas de un árbol. Ahora tratan de desengancharla y de bajarla, y no lo consiguen. Está enroscada en las ramas más altas. Traen algunas palos bien largos que encuentran en sus casas, pero no llegan. A lo sumo la rozan, pero no alcanzan a empujarla. Un chico del barrio se ofrece a trepar. Tal vez no llegue hasta la rama donde está la bandera, porque es muy

delgada y lo más probable es que se parta. Pero puede trepar hasta un punto intermedio. Si allí le alcanzan un palo largo, uno de esos que sostienen un plumero y se usan para limpiar los techos de las casas antiguas, podrá empujarla y desprenderla. El chico tiene, como mucho, diez años, pero se lo ve muy decidido. Es su madre la que, más decidida todavía, le prohíbe trepar. Le dice que lo único que falta es que se caiga y se rompa un hueso y tengan que salir corriendo al hospital. El chico encuentra tremendista el argumento de la madre. Discuten, y mientras discuten, vuela un piedrazo. Luego otro y luego otro. Es otro chico el que tira las piedras, algo mayor que el que quería treparse al árbol. Tira piedras hacia arriba: confía en su puntería, dice que le va a dar de lleno a la bandera y la va a hacer caer. La madre lo reprende. Veo que se trata de la misma mujer que antes retó al chico que quería treparse al árbol: son hermanos. El chico dice: "Dos tiritos y la bajo". La madre lo sujeta de un brazo: "No se le tiran piedras a la bandera". El chico dice que no hay otra manera de rescatarla, que si no hacen como él dice no la van a poder sacar de ahí. "No importa", dice la madre. "No se le tiran piedras a la bandera."

V

Toco el timbre.

El doctor Mesiano sabe que vengo a verlo. La chica que limpia en su casa le avisó.

Sale a recibirme. No ha pasado tanto tiempo como para pensar en grandes cambios: no está más viejo, ni más canoso, ni más hundido, ni más calvo. Y sin embargo, en cierto modo, me sorprendo por encontrarlo tan igual.

Nos damos un fuerte abrazo. Un abrazo firme, de esos que duran.

Sin soltarme, el doctor me dice: "No hay que llorar. A los héroes no se los llora".

Seis

I

El cuñado del doctor Mesiano, que se llama Alberto, se ocupa de hacer el asado. Mientras ordena en la parrilla las achuras y los costillares, explica cuál es su técnica para lograr un fuego pronto y parejo, sin usar carbón en demasía. El cuñado del doctor Mesiano se limpia las manos con un trapo rejilla húmedo. Fuma Parisiennes. En un borde del muro desparejo, pende un cigarrillo encendido. Poco a poco se va convirtiendo en ceniza, y esa ceniza tiene el mismo color que la que se junta por debajo de la carne.

II

El pasto del jardín amarillea, por culpa del invierno. La escarcha de la madrugada lo endurece y lo reseca. "Mientras no se pele y quede la tierra a la vista, no pasa nada", opina el doctor Mesiano. Dice que si se pela hay que volver a plantar. Si solamente se seca, en cambio, hay que esperar hasta la primave-

ra, y sin precisar nada más, va a volver a estar en condiciones.

III

La hermana del doctor Mesiano, que se llama Ángela, se ocupa del vermouth. Es cuidadosa, casi delicada: corta con primor las rodajas de limón, les hace un tajo, las coloca en los vasos de Cinzano. Trae una bandeja con platitos de queso, jamón en cubos, maníes, aceitunas. "Por suerte no hace frío", me dice al acercarse. "Sí", le digo, "por suerte hay sol".

IV

Cerca de la pared, crece un gomero. Sus hojas son grandes y gruesas; algunas han caído y se amontonan al pie. El árbol se extiende hasta pasar, con sus ramas más largas, el límite de la pared. "¿No se queja el vecino?", pregunta el doctor Mesiano. "Sí", contesta su cuñado. "A veces se queja."

V

La hermana del doctor Mesiano prepara un plato aparte. Pone un poco de cada cosa, hasta llenarlo. Me mira y me dice por lo bajo: "Es para mi cuñada".

Se encoge de hombros. La esposa del doctor Mesiano, que se llama Lidia, se ha quedado dentro de la casa. No importa que el aire del mediodía esté templado, casi tibio, como de primavera. Ella no quiso salir al jardín, o no quisieron que saliera. La hermana del doctor Mesiano va a llevarle algo de comer. "Mejor esto que la carne", me dice por lo bajo, "que hay que dársela cortada en pedacitos".

VI

En la parte de atrás del jardín, hay espacio suficiente como para poner una pileta. "Una pileta chica, más que nada para que juegue el nene", sugiere el doctor Mesiano. Dice su cuñado que, si es por eso, pueden comprar una pileta de lona y listo. "Una pileta como la gente", insiste el doctor Mesiano, "no debe ser tan costosa".

El cuñado del doctor Mesiano se dedica al negocio de la importación. Tiene que viajar mucho y pasa mucho tiempo fuera de su casa, pero le va bien.

VII

La hermana del doctor Mesiano vuelve trayendo algo de hielo. "Por si alguien quiere", dice, y deja la hielera de vidrio sobre la mesa. Al lado, deja la pinza de metal.

El doctor Mesiano calcula que, a más tardar, en quince minutos va a estar listo el asado. Ángela, su hermana, se me acerca y me dice por lo bajo: "En verano tenemos sol durante toda la tarde". Señala a un costado y agrega: "Yo tomo sol desnuda, en esa parte que ves ahí".

VIII

Lo principal del terreno es el declive. La tierra tiene, en estos casos, una capacidad de absorción limitada. Si llueve con alguna constancia, terminan por formarse charcos; a menos que el agua corra gracias al declive del terreno, después se encauce por una canaleta, y por fin se escurra en una rejilla de buenas dimensiones. Es importante mantener limpia esa rejilla, quitándole las hojas que puedan caerle encima y taparla.

IX

"¿Qué hace el nene?", pregunta Alberto. Alberto es el nombre del cuñado del doctor Mesiano. Su mujer, que se llama Ángela, responde: "¿Qué va a hacer? Mira televisión". "Decile que venga", dice el marido. Pero ella, que ya está recostada en una silla y tiene un vaso en la mano, no quiere volver a levantarse para entrar en la casa. Desde el jardín, y sin

moverse, levanta la voz. "¡Antonio!", llama. Espera un poco y vuelve a llamar, esta vez casi con un grito: "¡Antonio!". Un chico de pelo castaño, que se llama Guillermo, se asoma y pregunta qué pasa. "Pasa que en seguida comemos", le dice la hermana del doctor Mesiano. "Apagá esa tele de una vez, y vení." El chico dice: "Pero está la tía". La mujer insiste: "Apagá esa tele de una vez, y vení".

El doctor Mesiano comenta que, según algunas estadísticas, el promedio de horas que un niño pasa por día frente al televisor ha subido de cuatro horas diarias a seis horas diarias. "Todo por culpa de la televisión en color", sugiero yo. "Exactamente", dice el doctor Mesiano. "Así va el mundo."

Cuatro

I

Cuando al chico, al que llaman Antonio, se le pregunta cuántos años tiene, él dobla con fuerza el pulgar hacia adentro, y muestra con orgullo, la mano en alto, los otros cuatro dedos extendidos.

El doctor Mesiano agrega: "Recién cumplidos".

II

Creo no exagerar si digo que, según mi impresión, al doctor Mesiano lo reconforta saber que estudio medicina. No diré que lo emociona, por no ser injusto con su semblante siempre sobrio, pero sí que lo reconforta. Es una manera de confirmar que aquel sentimiento de afinidad que había en otro tiempo sigue existiendo, y que por lo tanto no era ilusorio ni meramente circunstancial.

III

Tampoco este chico tiene paciencia para estarse quieto en la mesa, para comer hasta terminar con todo o para esperar sentado hasta que terminen los demás. Es en eso igual a todos los otros chicos de su edad. Se aburre con los mayores y pronto se quiere ir a jugar. No lo dejan, y entonces se enoja.

IV

Algunos viejos médicos, que son casi celebridades, han sido profesores del doctor Mesiano bastante tiempo atrás, y ahora son profesores míos. Naturalmente, las comparaciones y las anécdotas no tardan en dominar la conversación. Por un momento, puede parecer que hablamos, el doctor Mesiano y yo, con la compinchería festiva de los que son compañeros, y no siendo, como somos, él un profesional de trayectoria y yo apenas un estudiante que ignora mucho más que lo que sabe. El aire familiar del encuentro y la satisfacción de volver a vernos después de varios años explican sin duda ese tono de camaradería, excesivo para mí.

V

"Antonio", le dicen, "quedate quieto". "Antonio", le dicen. El chico tiene que arrodillarse en la si-

lla para estar a la altura de la mesa. Si se sienta, casi no se lo ve. De repente, da un salto (los pies, obviamente, no le llegan al suelo) y se baja de la silla. El cuñado del doctor Mesiano lo llama al orden y le pregunta adónde va. El chico dice que no tiene más hambre y que se quiere ir a jugar. El cuñado del doctor Mesiano, de mala gana, le da permiso. Su mujer le dice que no vaya a transpirar. El chico sale corriendo. "Ya escuchaste a tu madre", le dice el cuñado del doctor Mesiano, señalando a su esposa. Su esposa es Ángela. Ángela me mira y me guiña un ojo.

VI

El viejo Ford Falcon todavía sigue andando. "Ese coche es un fierro", digo yo. "Sí", dice el doctor Mesiano, "nunca se rompe, nunca se para". Ninguno de los nuevos aguanta lo que el Falcon. Pero dice el doctor Mesiano que nadie ha vuelto a manejarlo como lo manejaba yo. Nos acordamos de los primeros tiempos, cuando a mí me costaba encontrar de primer intento la palanca de cambios. A pesar de la situación imperante, nos permitimos un poco de risas.

VII

El chico juega con una pelota azul y blanca. La levanta con las dos manos y después la tira al suelo.

Vuelve a levantarla y vuelve a tirarla una y otra vez, sin cansarse. El cuñado del doctor Mesiano quiere que el chico juegue con los pies, no con las manos. "Con los pies, Antonio. Con las manos juegan las nenas."

VIII

Tomamos un café y empieza a refrescar. Pido permiso para pasar al baño un minuto. Hay un baño en la planta baja: justo detrás de la escalera, a la izquierda de los sillones. Es así que entro en la casa. Al entrar me encuentro con la esposa del doctor Mesiano. Ella no me ve. Está sentada en una silla de ruedas, los brazos colgando a los costados, una mano apretando un pañuelo. Mira la pantalla del televisor apagado, como si estuviese prendido. Se balancea hacia adelante y hacia atrás, como rezando. Algo está diciendo o cantando en voz muy, muy baja. Pero no se le entiende lo que dice. Por un momento siento temor de que pueda darse vuelta y mirarme. Me da miedo de lo que pueda ser su mirada. Pero no se da vuelta, ni me mira. Se sigue balanceando y sigue con el devaneo de su canción incomprensible.

IX

Hay veneno para hormigas en el borde de un cantero. Es un polvo amarillo, de apariencia inocen-

te. Cuando la pelota rebota y rueda y va a parar a ese sector, la hermana del doctor Mesiano interviene para que el chico no se acerque. Levanta la pelota y se fija que no haya tocado el polvo amarillo del cantero. Después de comprobar que no lo ha tocado, le devuelve la pelota al chico, y le dice que patee como pateaba Kempes contra los holandeses: fuerte y al gol.

X

El doctor Mesiano dice que, para él, ya está todo perdido. Su cuñado dice que de todas formas conviene no adelantarse a los hechos: que hay que esperar y ver qué pasa. "Puede ser", dice el doctor Mesiano. Pero agrega que, en su opinión, ya no hay nada que hacer, y que conviene ir acomodándose a la idea de que está todo perdido.

Seiscientos treinta

I

En la radio emplean la palabra milagro. Los analistas coinciden en juzgar a Brasil como el candidato por excelencia a obtener el campeonato. Consideran, por lo tanto, que las chances de que la Argentina pueda derrotarlo en el próximo partido son muy pocas, por no decir nulas.

II

Son casi las cuatro de la tarde cuando anuncio que me voy.

El sol de invierno declina, y ya no es hora de estar al aire libre. Ellos seguramente dejarán el jardín muy pronto y pasarán a una situación de mayor intimidad, que siento que ya no me corresponde.

Insisten en que me quede, lo cual me reconforta. Les digo que tengo que irme: que a las seis me espera un amigo en un bar del centro, y que antes tengo que pasar por mi casa. Me dicen que esperan volver a

verme pronto, en circunstancias menos ingratas que estas de hoy.

III

En la radio hablan los que son memoriosos, y recuerdan que es la tercera vez consecutiva que no podemos vencer a Italia: primero empate en Alemania, después derrota en la Argentina, ahora derrota en España. No se explican que la Argentina, teniendo mejores hombres y mejor juego, no logre ganar.

IV

"Antonio", llaman al chico. Le dicen que se acerque a saludarme. Es evidente que el chico no quiere acercarse ni quiere saludarme. Sigue jugando con su pelota azul y blanca y hace de cuenta que no escucha nada de lo que le están diciendo. "Antonio", le dicen, "Antonio". El chico no quiere venir. Sigue jugando con su pelota azul y blanca: la levanta y la tira y la vuelve a levantar, como si no lo estuviesen llamando a él.

V

En la radio hablan los analistas. Opinan que lo importante, incluso perdiendo, es ser fieles a una

historia y a una tradición de juego. Que el estilo argentino es lo que importa, más allá de las derrotas contingentes.

VI

El doctor Mesiano me agradece que haya venido a verlo. Dice que el dolor es pasajero y que el orgullo perdura, y que mi visita lo ha ayudado a encontrar esa verdad. Me pide que no dejemos pasar otra vez tanto tiempo sin reunirnos. Le prometo que voy a visitarlo de nuevo muy pronto. Le doy un abrazo. Le digo que también a mí me reconforta verlo, porque en la vida son pocas las oportunidades que tenemos de encontrarnos con alguien que sabe lo que quiere y sabe adónde va.

El doctor Mesiano me dice que ahora se avecinan tiempos difíciles. Le digo que cuente conmigo para todo. Nos damos otro abrazo. Siento ese abrazo todavía en los hombros, cuando me voy.

VII

En la radio comentan que Italia practica un juego mezquino y opaco, con el que no podrá llegar mucho más lejos en el campeonato. Los argentinos tenemos que saber que merecíamos otra suerte, y que sólo una confabulación inopinada de hechos

adversos pudo sorprendernos con esta nueva frustración.

VIII

Es la hermana del doctor Mesiano la que me acompaña hasta la puerta. Me cuenta que el marido viaja mucho. Y me cuenta que, si bien al chico se lo nota todavía un poco rebelde, va mejorando su conducta día a día desde que pasa las tardes en el jardín de infantes.

En el umbral de su casa me dice: "Volvé cuando quieras".

IX

Subo al coche y enciendo la radio. No sé por qué está puesta en una estación de música clásica. Cambio el dial y busco Rivadavia. Supongo que se estarán ocupando de todo lo que pasó ayer, y no me equivoco. Ahora habla un periodista que está en España. Dice que en la atmósfera de la concentración argentina se nota que hay preocupación, pero no desesperanza. Dice que nadie quiere resignarse a la derrota y que ésa es la tesis general. El mensaje que tiene para dar, a la distancia, a los argentinos, es que ahora estemos más unidos que nunca.

No es cierto que tenga una cita con un amigo en un bar del centro. Vuelvo a mi casa y me quedo solo, sin salir. Me quedo pensando y recordando; ni siquiera siento ganas de prender la televisión.

A la noche, como algo liviano: unas sobras de la cena de ayer, que tan sólo tengo que recalentar. Después me acuesto.

El sueño tarda en llegar. Cuando por fin me duermo, sueño con aquella puta del tic nervioso en la boca. Por supuesto que ya no me acuerdo de cómo era su cara: sueño con una mujer de rostro difuso, una mujer indefinida; pero en el sueño yo sé que se trata de ella, y en ese rostro difuso existe el tic. Pasaron cuatro años en el sueño, igual que en la realidad. A pesar de eso, ella se acuerda de mí. Se acuerda bien, y me lo dice. Se echa desnuda en una cama ilimitada, y sin esperar a que yo esté encima de ella, jadea y exclama: "Matame, soldadito, matame".

Últimamente no consigo recordar los sueños que tengo. Cuando me despierto, todo se borra. Pero este sueño sí he podido recordarlo. A veces incluso lo repaso, estando despierto. Y a veces presiento que voy a volver a soñarlo, que llega la noche y me espera, como si se tratara de una mujer real con la que voy a encontrarme de tanto en tanto.

DIEZ DEL SEIS

Cuatrocientos noventa y siete	11
Ciento veintiocho	25
Ciento dieciocho	34
Mil novecientos setenta y ocho	45
Ochenta mil	55
Veinticinco millones	64
Cero uno	74
Doscientos dos	84
Cinco	96
S/N	109
Dos trescientos	121
Cuarenta y ocho	131
Trescientos noventa y ocho	142

TREINTA DEL SEIS (EPÍLOGO)

Uno dos	157
Ciento treinta y tres	163
Mil novecientos ochenta y dos	169
Seis	174
Cuatro	179
Seiscientos treinta	184

Esta edición de 3.000 ejemplares
se terminó de imprimir en
Kalifón S.A.,
Humboldt 66, Ramos Mejía, Bs. As.,
en el mes de septiembre de 2005

MARTÍN KOHAN *Dos veces junio*

En esta novela, la realidad de una época encuentra la voz y las voces –e incluso los rumores, la resonancia y los ecos– capaces de recrearla sin autocompasión, regodeo ni misericordia. Menuda tarea, porque se trata de una época –los años de la última dictadura militar en la Argentina– para la que se suele adoptar un tratamiento de reclamo y de lamento ampliamente justificado, pero que se ha vuelto, acaso debido al abuso, inofensivo y convencional.

Martín Kohan desobedece todas las reglas para contar lo que quiere contar. Un médico, un conscripto, un cuaderno con faltas de ortografía: en lo que parece un conjuro, el autor reúne nuevas evidencias de horror y las distribuye o las disimula dentro de una trama con diferentes niveles, que actúa a la vez como coartada dramática y como sutil sistema de alarmas. Logra así poner en escena una verdadera pesadilla.

En junio del '78, mientras la euforia del Mundial de fútbol parecía ofrecer un escenario de compañerismo y de dicha, el ocultamiento, la defeción y el eufemismo, instrumentos comunes de opresores y oprimidos, claves de supervivencia o de muerte, encuentran en *Dos veces junio* la atmósfera perfecta.

En este libro extraordinario, Martín Kohan explora una versión clandestina de los hechos que convierte a la ficción en el mejor idioma –tal vez el único– para decir la verdad.

ISBN 987-566-095-7



9 789875 660953

www.debolsillo.com